



El deporte como tema literario

Antonio Gallego Morell

EL DEPORTE COMO TEMA LITERARIO nace en la Antigüedad con Píndaro. Él fue quien brindó las odas triunfales a los vencedores de los juegos y los juegos de Olimpia, de Delfos, de Corinto y de Nemea fueron media historia de Grecia. Los juegos olímpicos celebrados cada cuatro años eran buena ocasión para excitar la creación literaria. Los sofistas encontraban entonces sus más numerosos auditorios, los artistas exhibían sus obras, gentes de distintas ciudades acudían y se enardecían en el estadio y en el hipódromo. La lucha, el pugilato y el pancrancio, las carreras de carros y de caballos, la carrera armada, la jabalina, el disco..., eran certámenes que culminaban con la distribución de las recompensas. Y Píndaro fue el lírico de estas epopeyas. Voltaire lo presentaba como «el cantor sublime de los cocheros griegos y de las luchas a puñetazos».

Pero en Grecia todo se tiñe de divinidad. Homero poetiza la carrera de carros y el juego de pelota entre alusiones a Zeus; Píndaro mezcla amor, deporte y muerte y sospecha una vida futura con recompensas y castigos como en unas nuevas olimpiadas, como en una concepción cristiana. Y los dos, Homero y Píndaro, ven en el deporte al héroe, al protagonista de una realidad que discurre y esa realidad se denomina historia que ya entonces comienza a ser una realidad que fluye, un devenir; y en esa realidad caben los juegos como hechos esenciales que, incluso, llevan a los griegos a contar los años por Olimpiadas. La ciudad de los Juegos —Olimpia— fue antes santuario que estadio, en ella precedieron las celebraciones de prácticas religiosas a los concursos atléticos. Los primeros Juegos nacen como fiestas para celebrar una victoria. Homero es cronista de algunos juegos; Píndaro, su

cantor. Pero los juegos estaban reservados para los griegos, los bárbaros no participaban. Herodoto resalta este carácter nacionalista: hay una motivación racista. La escultura griega exalta el cuerpo como, valor y como belleza, pero el cuerpo helénico. Una obra de arte, la estatua de Zeus, de Fidias, es símbolo de un amplio despliegue artístico que crea en Olimpia toda una tradición. Desde nuestro horizonte, señalamos a Píndaro como el primer poeta que canta el tema deportivo en la literatura universal, pero Píndaro fue el último poeta griego de una tradición que debió tener muchas voces. Homero lleva a sus versos la carrera de carros y el juego de pelota con acentos de epopeya, sin cambiar de tono al pasar de la aventura heroica a lo que de cotidiana tenían los Juegos. Baquilides celebra a Piteas de Egina, vencedor en el pancrancio; a Hieron, victorioso sobre su corcel Ferenice y sobre la cuadriga. Es decir, coincide en los mismos temas de Píndaro, que salva toda la crónica poética de lo que fueron las olimpiadas antiguas: Hieron de Siracusa, Teron de Acragante, Psaumis de Camarina, Hagerias de Siracusa, Diágoras de Rodas, Alcimedonte de Egina, Efarmosto de Opunte, Hagesidamo de Locros, Ergóteles de Himera, Jenofonte de Corinto, Asépico de Orcómeno... Esos son los héroes que alcanzan sus victorias en los carros, caballos, carros de mulas, pugilato, lucha y lucha infantil, estadio y pentatlón. En el estadio y en el hipódromo compiten los atletas; al celebrar sus victorias, Píndaro y Baquilides compiten en el verso. Pero aun dentro de este tema deportivo, el pensamiento griego no dejó de recomendar su constante advertencia de serenidad y justo medio: Jenofones de Colofón advirtió contra el fanatismo de los ejercicios físicos

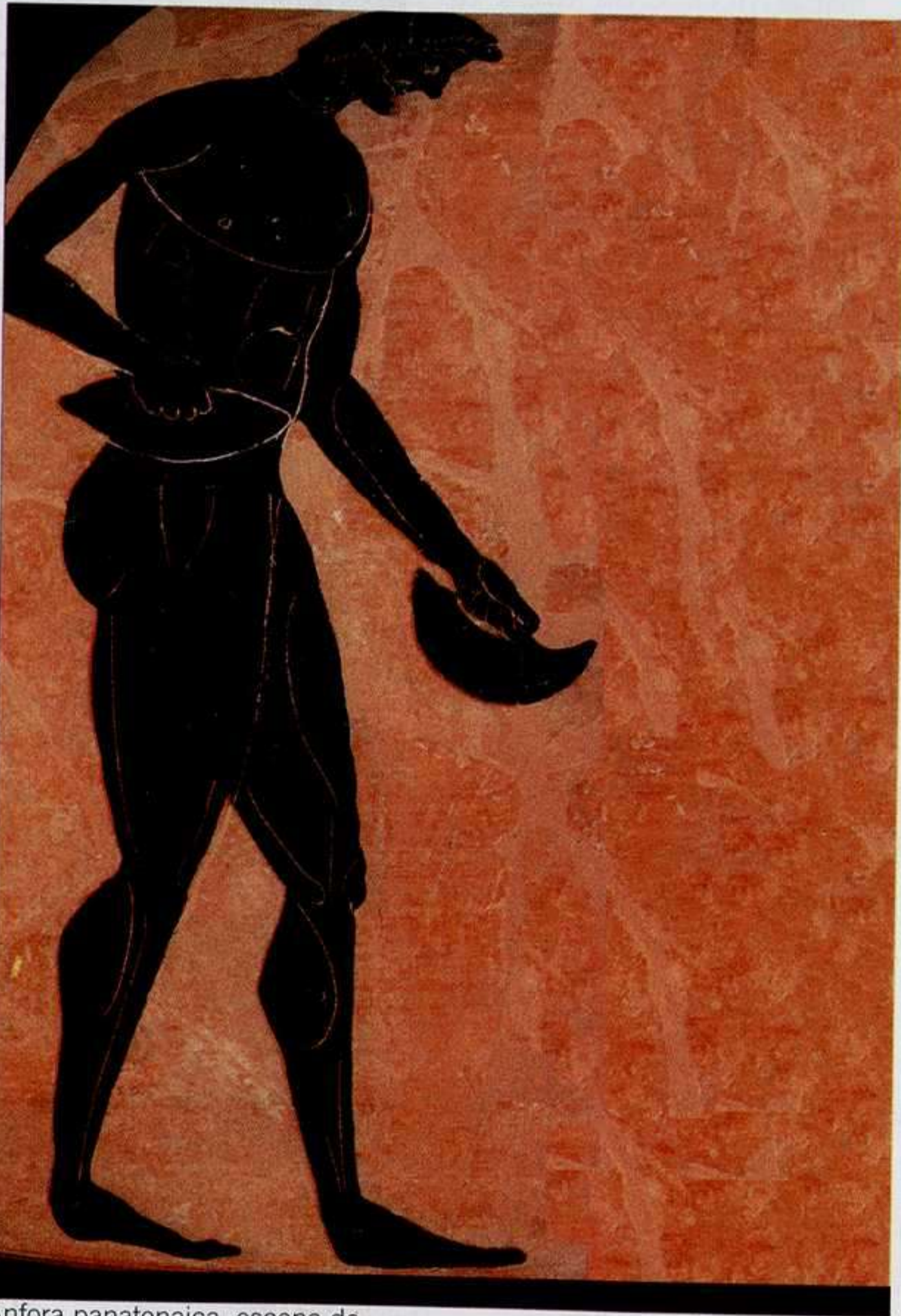
porque «la sabiduría debe de estar por encima de la fuerza bruta, los hombres y los caballos».

Después, los concursos atléticos se hundieron con el ocaso de la hegemonía griega. Nerón, un decadente, celebró en Olimpia unos «Juegos artísticos» equivocado por lo que había significado en el pasado la presencia de filósofos, artistas,

músicos, escritores y poetas en la Olimpia de los juegos que no habían ido allí nunca para competir, sino para decorar, para completar el ambiente de una ciudad que se convertía, por magia de los concursos atléticos, en el centro del mundo.

La carrera del caballo cruzará por el verso de Posidipo y Damageto cantará al atleta espartano porque el atleta era inseparable de su ciudad de nacimiento: el triunfo de los luchadores era un triunfo de Argos o de Samos. Diotimo, Teeleto, Riamo, Mnasalce, Teodorida, Crinagora, Lucillio o Antipasro de Tesalónica cantan al cazador, al corredor, al púgil y comienzan a surgir, como en la literatura moderna, los temas deportivos tangenciales: la mujer del atleta o el trofeo como tal.

Con Virgilio irrumpen, también en el friso deportivo, los primeros héroes universales. Virgilio está creando literariamente las mismas figuras a las que luego Miguel Ángel dará dibujo y color. Darete y Entelo se desafían en la pelea, Eurialo, y Niso en la carrera a pie, aquellos otros en el arco... Fray Luis de León traduce a Virgilio como si tuviese ante sus ojos una crónica del «ring» en cualquier semanario deportivo de nuestra época: «Levantándose Entelo, amagóle con la mano derecha levantada arriba; Darete ligero vio venir el golpe de muy alto, y guardándose velozmente, hizo descargar en vacío. Entelo echó las fuerzas al



Anfora panatenaica, escena de pentathlon, inicio del siglo v a. C.

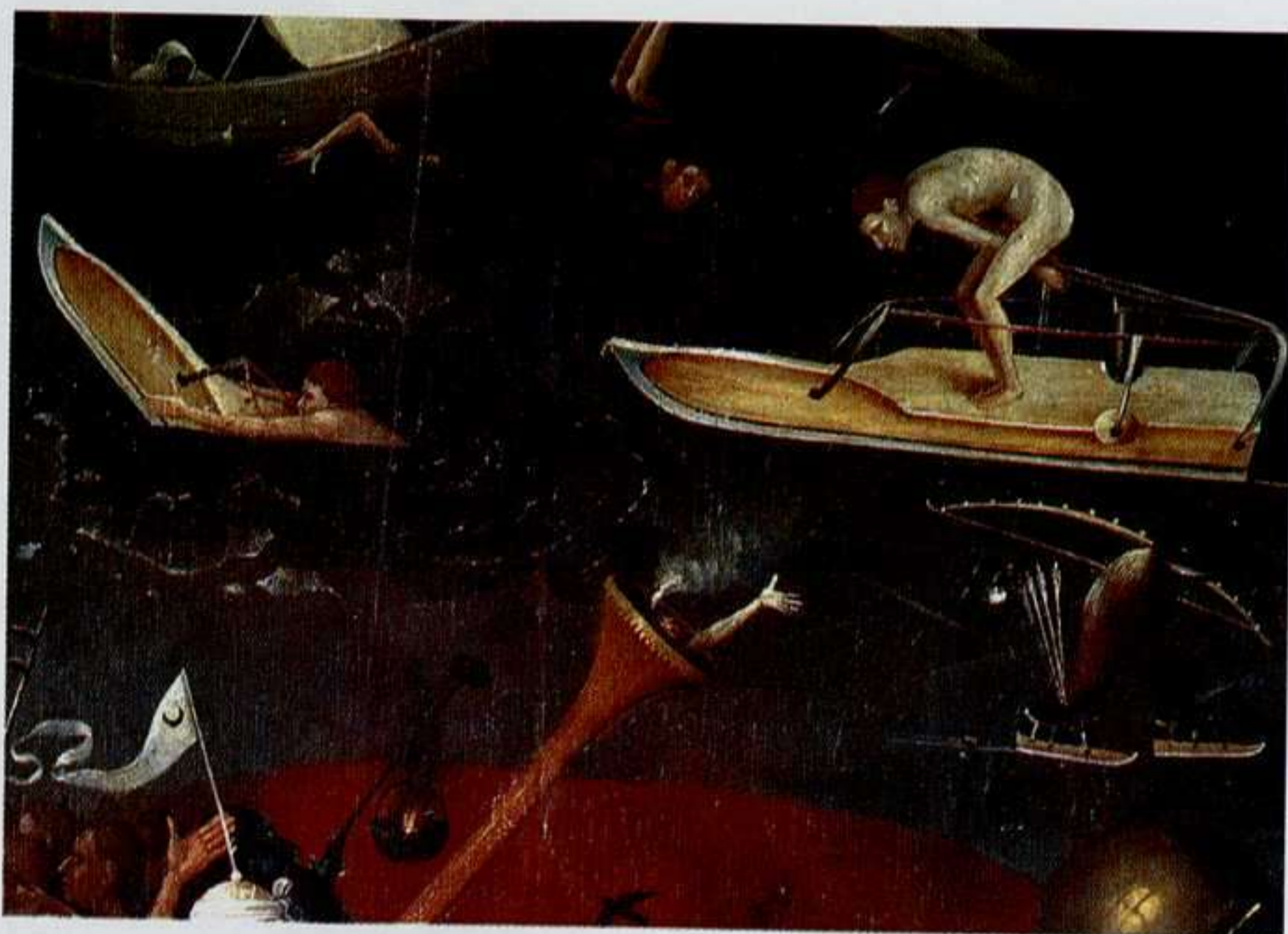
aire, y el viejo aplomado cayó de golpe y vino a tierra sin movimiento con una gran caída...» Pero es Virgilio quien escribe, ¿cómo fue esa caída?: «como suele caer el pino hueco, arrancado de raíz en el monte Erimanto, o en el monte Ida».

Horacio en sus *Odas* y *Sátiras*, canta otra vez al vencedor como lo hiciera Píndaro y evoca un figura nueva: el ex campeón, la misma que Catulo ensombrece más como la dureza del exilio. Ovidio, en sus *Metamorfosis*, narra un tema de lucha y mezcla toros a los golpes y empujones. Tíbulo y Propertio, en sus *Elegías*, admiran

el deporte y recuerdan su apoteosis en Grecia. Sólo Cicerón fustiga la exaltación del valor físico y, desde su vocación de ancianidad, señala para otros «las armas, los caballos, las lanzas, la maza y la pelota, las venaciones y las carreras» y adelanta cuanto en la Edad Media va a sustituir a los viejos juegos olímpicos: «la taba y los dados».

Séneca utiliza el tema deportivo como referencia para ilustrar su diserta-





Hieronymus Bosch

ción: «quiero servirme de una comparación que hace nuestro Crisipo sobre el juego de pelota...» Marcial cultiva el tema deportivo a la manera de las máximas de un Giraudoux de aquella época.

Una novela de la antigüedad, *Las Etiópicas* de Heliodoro, nos llega como auténtica novela deportiva pese a ser el amor el protagonista central de la obra. Su difusión en las literaturas europeas a través de numerosas traducciones, tras la primera al latín en 1547, da a la obra de Heliodoro especial significación.

El tema deportivo es esencial en el arte de griegos, etruscos y romanos. Olimpia creó toda una arquitectura al servicio de su

finalidad deportiva y en ella la escultura, la pintura y otras artes menores encontraron su mejor ambiente. Los atletas centran los frontones de los templos griegos; el Doríforo de Policleto, el Apoxyomenos de Lisipo y el Discóbolo de Mirón presiden un tema en la escultura de la antigüedad que tiene su *sancta sanctorum* en la tumba tarquinia de la necrópolis de Monterozzi, denominada la de «las Olimpíadas». Temas de carreras atléticas y de lanzamientos encontramos en la cerámica griega, y en los frescos etruscos las escenas de lucha adquieren un tinte moderno, como acontece en los mosaicos romanos particularmente entre las auténticas «instantáneas

fotográficas» sorprendidas en las escenas de deportes femeninos de la Villa Erculia o en las imágenes de luchadores frecuentes en bajorrelieves y sarcófagos.

Cuando con el Cristianismo Teodosio prohibió, en el año 393, los Juegos olímpicos, pensó sólo en lo que tenían de prolongación de prácticas religiosas, de culto pagano. Por ello, a lo largo de la Edad Media se va perdiendo el recuerdo de la tradición griega del atletismo, y los mismos torneos de la nueva caballería enlazan con otros recuerdos romanos más inmediatos. Surgen unos juegos que responden a las preferencias de la nueva burguesía y con ellos toda una literatura en torno a los mismos.

Pero en el ideal caballeresco del medioevo no surge el torneo como rivalidad deportiva, sino como preparación y adiestramiento para la guerra o para la defensa personal. Huizinga ha acertado a denominar a la lucha deportiva de la Edad Media «literatura aplicada». «A lo que más se aproxima el torneo —escribe en sus motivos— es a las contiendas de la antigua épica hindú; también en el Mahabhârata, es la lucha por la mujer, el pensamiento central».

Como muestra del olvido de los juegos olímpicos pueden señalarse las escasas alusiones a temas deportivos en la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, el poeta y la obra en que podríamos creer encontrar más recuerdos; la lucha, la carrera, el «palio» son evocados en cantos del *Infierno*:

... e parve di colore che corrono a Verona
ce druppo verde.

Tanto Dante como Petrarca asomarían sus perfiles en una historia del alpinismo que nace como deporte el año 181 a. C. cuando Felipe III de Macedonia, escala el monte Emo de Tracia, ascensión de la que tenemos noticia a través de los textos literarios de Tito Livio. En cantos del *Paraíso* y del *Purgatorio* Dante evoca recuerdos personales de sus aficiones alpinas que le llevaron a través de los Apeninos, los Alpes y la montaña de Fiesole.

En el *Poema de Mío Cid* el torneo adquiere carácter de competición deportiva y Ausías March emplea por vez primera en nuestras letras la palabra *deports*. Alfonso de Valencia y Luis Vives se refieren en sus obras al ejercicio físico y al cuidado del cuerpo.

Luigi Pulci, en *Il Morgante*, nos ofrece una exhibición atlética y Ariosto, en el *Orlando Furioso*, la descripción de un torneo.

François Rabelais puntualiza los ejercicios físicos de su héroe Gargantúa, y Michel de Montaigne considera en sus *Essais* a los juegos y ejercicios físicos como elemento esencial en la educación del niño. Alonso de Ercilla, en *La Araucana*, alude a la prueba de resistencia de sostener «un gran madero... en el hombro sin pararse».

Miguel de Cervantes, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, mira una vez más hacia el pasado como edad dorada y recuerda con nostalgia —es este el gran libro de la melancolía española— los juegos olímpicos como claro antecedente de los que se celebraban en el reino de Policarpo: «Señalaban premio a los corredores, honraban a los diestros, coronaban a los tiradores y subían al cielo de la alabanza a los que derribaban a otros en la tierra. Hacía-se este espectáculo junto a la marina, en una espaciosa playa».

Camões en *Os Lusíadas* nos ofrece temas de natación, al igual que Luis de Góngora, que también en *Las Soledades*, interpreta los antiguos juegos:

Vencedores se arrogan los serranos
los consignados premios otro día,
ya al formidable salto, ya a la ardiente
lucha, ya a la carrera polvorosa.
El menos ágil, cuantos comarcanos
convoca el caso, él sólo desafía
consagrando los palios a su esposa
que a mucha fresca rosa
beber el sudor hace de su frente,
mayor aún del que espera
en la lucha, en el salto, en la
carrera.



El P. Vitoriano Rivas Andrés, S. J., ha podido estudiar «el pequeño mundo deportivo» de Góngora, la presencia en su versos de los temas de la lucha libre, el salto de longitud, la carrera, aparte de otros de pesca y caza deportiva que completan con los toros, el panorama deportivo de las literaturas de los siglos XVI y XVIII. Pero, acaso, la nota más original del tratamiento por Góngora del tema, esté en la presencia, por vez primera en nuestras letras, de la mujer como protagonista en el deporte:

náuticas venatorias maravillas

Temas de natación que en la *Silva de Varia lección*, de Pedro Mexía, a mediados del siglo XVI, ya encontraron su salvación literaria. José María de Cossío afirma que «era presumible que un hombre vitalmente tan completo como Lope de Vega, sabría nadar» y recoge, múltiples alusiones a la natación en la comedia, *El loco por fuerza* del Fénix y en otras de sus obras en su curioso ensayo *Notas en un club de natación*.

También los moralistas tratan en sus obras del cuidado del cuerpo, de los ejercicios físicos y de la oportunidad de los juegos: valgan los nombres de Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales y el P. Antonio Vieira. Pietro Paolo Vergerio, en su obra acerca de las *Costumbres y de los Estudios Liberales*, pondera la educación física y crea todo un sistema sugerido por el «mens sana in corpore sano» que maneja como precepto ideal.

Pero el libro que centra la postura renacentista ante los ejercicios físicos es el *Artis Gymnasticae*, de Jerónimo Mercuriale, cuyas reediciones en toda Europa hasta el siglo XIX prueban su importancia y significación.

En el arte de la Edad Media el tema deportivo se centra en la riqueza de las interpretaciones del torneo en frescos y miniaturas y en la fortuna que tuvo la caza tanto en el campo literario como en la plástica.

El David de Donatello y el de Verrocchio, las inquietudes de todo orden de Leonardo da Vinci imaginando máquinas que centrarán nuevas curiosidades deportivas a fines del siglo XIX y su canon de la proporción del cuerpo humano son piezas esenciales al enfrentarnos con el deporte como tema literario y realidad artística en esa larga época que representa el fin de la Edad Media y el advenimiento del mundo moderno. En el *Palazzo Borromeo* de Milán una bella renacentista, de pintor anónimo, inaugura el futuro tenis. Es el tenis del Renacimiento, sin raqueta aún, a pala, con toda la indumentaria de época y con el árbol simbólico que también irrumpe en los vergeles poéticos de los si-



Francisco de Goya *Pelota* 1779

glos xv y xvi. Ya por entonces, también, un anticipo del moderno golf será tema delicioso en una miniatura anónima francesa, hoy en el Museo de Chantilly. Escenas de lucha aparecen en los espléndidos dibujos de Lucas Cranach y patinadores entre los de Frans Huijs.

Baltasar de Castiglione resalta en esta línea el aire deportivo de los cardenales renacentistas: «un cardinale giovane che avemo in Roma, conduce tutti quelli che lo vanno a visitare, ancorchè mai piú non gli abbia reduiti, in un suo giardino, ed invitagli con grandissima istantia a spongliarsi in giuppone e giocare seco a saltare». Angelo Poliziano, D'Anton Francesco Grazzini, Il Lasca, Torcuato Tasso,

Giovanbatista dell'Ottonaio, Gaspara Stampa y Alessandro Tassoni, entre los italianos; Beauvois de Chauvincourt y Blaise Pascal, entre los franceses, nos ofrecen textos que figurarían en una antología de la literatura deportiva.

En la *Vida del Buscón*, Francisco de Quevedo mezcla humor y erudición para adelantar la figura de un maestro de esgrima. Agustín de Salazar y Torres asoma al teatro español del siglo xvii pastores, ninfas y atletas, los mismos pastores que en *Gil Polo* mezclan competición deportiva a las flechas de Cupido.

El juego de pelota en frontón, tanto a mano como a pala, e incluso jugado con los pies, antecedente del actual fútbol, es objeto de la curiosi-



Jean-Baptiste Siméon Chardin
La muchacha con la raqueta de badmington 1741

dad de nuestro Rodrigo Caro; en su *Tesoro de la Lengua Castellana* Sebastián de Covarrubias ofrece muy curiosas noticias y el Padre Escobar describe en sus versos este deporte:

Paráronse a mirar la coyuntura
que la pelota empieza su carrera;
uno la hierre con la pala dura,
otro a tornar a herirla se acelera.
Cae en tierra y botando se apresura
segunda vez con muestra más ligera;
corre a darla un gallardo mozo, y luego
el sitio muda hacienda pasajuego.

Pero el ejemplo más significativo acerca de la popularidad de los deportes en la España del siglo XVII lo encontramos en el tratamiento a lo divino del Juego de Pelota en una farsa de Calderón de la Barca.

Pues es Juego de Pelota
no será fuera de tiempo
al Juego de Pelota
en fiesta del Sacramento.
Vaya, vaya de juego, cuidado, cuidado,
porque va a ganarse, tanto por tanto;
y es el partido
salir bien, volver mejor
y jugar limpio.

Bartolomé Carrasco de Figueroa, Pedro Eximeno, Juan de Zabaleta y otros escritores españoles tratan el tema deportivo cuando los toros irrumpen en las letras como un deporte más junto a la equitación, la esgrima, la caza mayor, menor y de cetrería, la pesca, el tiro al blanco y de honda, los ejercicios de habilidad y militares, juegos de cañas, torneos y desafíos, juegos de sortija, etc., deportes de una época en que alternan con los temas de atletismo, natación, juegos de pelota y huellas de todo el amplio cuadro deportivo de las antiguas olimpiadas, conjunto este último que es el que integra el concepto de *deporte siglo XX* objeto de estas páginas.

En el Museo del Prado, de Madrid, se exhibe un lienzo de David Teniers: *Tiro con arco*. En un museo de Amsterdam el delicioso cuadro de Aert van der Neer *Río de invierno* con los patinadores deslizándose sobre la helada superficie. Y toda una escuela trabaja sobre



Winslow Homer *El juego de croquet 1866*

el tema del *palio*, auténticos juegos olímpicos en Siena instituidos los primeros en honor de la Virgen y unos nuevos ya concretamente en honor de la Madonna de Provenzano.

En arte, *El juego de pelota* de Goya tiene su simultaneidad en las versiones que, de tenis o de fútbol, nos ofrece Gabriele Bella o las atildadas lecciones de «cricket» de Arthur Devis o Henry Hodgino. Una bella y sorprendente estampa conservada en la Colección Mansell de Londres *El primer encuentro entre Gully y Gregson en Greenwich*, inaugura una época nueva en las inter-

pretaciones artísticas del tema deportivo: surgen las primeras filas de espectadores que se ordenan anticipando lo que sería el ring, los púgiles son sorprendidos en posición de guardia, el árbitro lleva sombrero. Va a nacer el boxeo. Al fondo recorta un paisaje velazqueño.

Toda una vieja tradición florentina va del *Discorso sopra il gioco del calcio fiorentino*, de G. De Bardi, impreso en 1580, hasta la *Memoire del calzo fiorentino tratte da diverse scritture*, de P. Bini en 1688.

En el siglo XVIII Rousseau en el *Emile* destaca la educación física del niño y

dedica atención en su *Lettre á D'Alembert sur les spectacles* a los deportes de su época adelantando la belleza de las embarcaciones que compiten en el mar. En 1787 realiza M. de Saussure la ascensión al Mont Blanc, empresa empapada de motivaciones y de repercusiones de orden literario.

Giuseppe Parini representa ejemplo semejante en las letras italianas a las que asoman los globos aerostáticos de Vincenzo Monti, versos que dedica «Al Signor di Montgolfier» y con gesto y música prerromántica Giacomo Leopardi canta «a un ven-

cedor de la pelota». Y, con espíritu moderno, un español ejemplar, Gaspar Melchor de Jovellanos, incorpora el ideal de la educación física a su programa general para establecer un plan de instrucción pública.

Especial consideración merecería la fortuna literaria de la pelota vasca que culmina en una prodigiosa prosa de Unamuno y que alcanza en pintura dignidad con dos lienzos del pintor francés Gustavo Collin: «Partido de rebote en las murallas de Fuenterrabía en 1863» y «Partida de rebote en la plaza de Uregne en 1875». El escultor donostiarra José Lopezegui acertó a inmortalizar en busto a uno de los más grandes pelotaris: «Atano III». Dentro de la poesía popular el padre agustino Gilberto Blanco Álvarez recogió una leyenda de Calahorra: *Justicia de Dios o el Juego de la Pelota*, referida a El Cristo de la Pelota que se venera en la ci-

tada villa. El juego de pelota fue comparación válida para los cultivados de la sátira política en la España de Fernando VI. Y la pelota es loma obligado en los autores vascos, ya escriban en castellano o cultiven su lengua vernácula.

Federico Mistral en *Calendal* canta en una sola voz el deporte, la juventud y la tierra regional, y Pierre Loti en *Ramuntxo* se detiene en el juego de pelota con la misma delectación que nuestro Miguel de Unamuno. Lorenzo Stecchetti y Tommaso Cannizzaro llevan por vez primera la bicicleta a la poesía italiana del siglo XIX.

Y con la bicicleta nace nuestro concepto de «literatura deportiva». Hacia 1869 en Francia, Richard Lesclide, secretario de Víctor Hugo, funda una revista «Le Velocipède illustré» y publica bajo seudónimo una obra de exclusivo tema deportivo: *Tour du monde á velocipède*. Se multiplican los clubs ciclistas, se

celebran pruebas en París y en Londres, se crean las primeras carreras París-Rouen y Besançon-Beaume-les-Dames. Tristán Bernard escribirá después: «yo recuerdo que cuando tenía seis años mi mayor placer era ir al paseo público en que se disputaban las carreras ciclistas». En 1891 se corre por vez primera el tour Bordeaux-París, la más antigua de las grandes competiciones ciclistas de Francia. Rémy Saint Maurice publica *Recordman*, la novela que inaugura el tema ciclista en las letras universales en 1898. Maurice Leblanc publica *Voici des ailes*; J. M Rosny, *Le Roman d'un cycliste*, género que llegará mucho después hasta las novelas *Le Vainqueur* y *Bordeaux-París*, de Robert Dieudonné.

En España, tiene éxito de lectores un tipo de libro que es usual en la época: *El orgulloso vago Don Quijote de la Máquina. Aventuras de un ciclero con muchos datos útiles a los excursionistas por un tal Sebastián López Arrojo* (s. a. y s. l.). Los manuales del ciclista se ponen de moda.

Se recomienda el uso de la bicicleta a las mujeres y se autoriza para el clero.



En Milán se publica un periódico que leen en toda Italia: «La Bicicletta». En 1891 Mario Sironi nos ofrece, acaso, el primer dibujo de un ciclista escalando la montaña; Dreyfus Stem ha plasmado en una bella imagen *El Pelotón*.

Literariamente, el ciclismo es el mundo parisiense del novecientos. El escritor uruguayo Horacio Quiroga supo recoger ese ambiente en su *Diario de viaje a París* que coincide con el nacimiento del siglo xx. Quien escribe no se sitúa ante el ciclismo como espectador. Quiroga fue corredor y fundador del «Club Ciclista Salteño» y supo de los fracasos en competiciones en las que participó en Montevideo. En carta escrita a su amigo Julio E. Payró, le confesó: «Créame, Payró, yo fui a París sólo por la bicicleta». Y el 25 de abril de 1900, ya en París, se apresura a consignar su primera impresión fugaz de la ciudad: «París es una buena casa, algo así como una sucesión de avenidas de Mayo popularísimas, llenas de luz, de gente corriendo, de gente hablando en la calle, de turcos, de *bicicletas* y de deslumbramientos». Unos días después, ya sus impresio-

nes pueden ser más reposadas: «Estoy hace media hora en el Velódromo. En este momento, toca una marcha la banda de música. Estoy medio loco. ¡Qué recuerdo! Y luego los titanes que voy a ver, me ponen excitadísimo. La pista tiene 666,66 y está tan bien trazada que parece tuviera la mitad. Hay entradas de 1.^a, 2.^a y 3.^a Estoy en 1.^a Habrá en este momento unas 6.000 u 8.000 personas de todas clases. Les llama la atención mi camiseta, con C. C. S. (Club Ciclista Salteño). ¡En París! Hace rato probaron unos triciclos a petróleo para entrenar. Colosales velocidades. Van a correr los de a pie».



Théodore Géricault *El derby de Epsom 1821*

Y al mes de su estancia en París casi hace un balance y ordena sus recuerdos más intensos: las condecoraciones de los militares, los carruajes en que los cocheros comienzan a ir detrás, las «cocottes» elegantísimas y los tobillos que enseñan al subir al ómnibus y a los «tranways», los bulevares encendidos de noche... y entre esas impresiones el dato que más le interesa: «El récord de la hora en bicicleta es superior al de automóviles: 63,333 kilómetros en Bouhours, el domingo pasado, 20 de mayo».

Desde principios de siglo la bicicleta es una realidad literaria en íntimo contacto con el desarrollo de la nueva realidad automovilista que tanto condiciona la literatura y a la que me refiero en otro lugar. Por la novela y poesía de nuestra época cruza la bicicleta como un tema cotidiano. El chileno Miguel Arteche compone un soneto a la bicicleta:

El reino del volante sometido
se borra con la red que hay en la llanta.

Un novelista de las últimas promociones, Uwe Johnson, en *El tercer libro sobre Ajim*, escribe con originalidad y técnica, que afectan incluso a la composición tipográfica de la novela, el relato de un periodista de la Alemania del Oeste que cruza a la zona oriental para escribir la biografía del ciclista Ajim a quien rodean siempre los atributos de héroe nacional. En lo español el poeta Gerardo Diego escribe sobre Bartali y consagra alguna crónica a la vuelta a Cantabria; en lo francés Jacques Anquetil es leído en su *Je suis comme ça*, y J. Bobet ofrece su *Lousin Bobet, une vélobiographie*, muestras de una amplia literatura deportiva y puesta al servicio de un consumo urgente y masificado. También Poulidor acaba de ofrecer sus memorias. Pero, simultáneamente al auge del ciclismo se produce el restablecimiento de los Juegos Olímpicos por Coubertin.

Puede decirse que los Juegos Olímpicos estaban olvidados en el mundo hasta los años de la independencia griega en el siglo XIX y hasta el auge de las excavaciones arqueológicas. Cuando se cava en la tierra de Troya se descubre también una literatura y cuando se investiga en Olimpia se resucitan los Juegos y nace un tema literario en los tiempos modernos. A partir de 1883 se prodigan inquietudes de tipo deportivo en los círculos universitarios. Los estudiantes, que salen del sarampión románti-



J.M. William Turner Regata de yates delante de Solent 1827

co, son motivo de preocupación para los higienistas. Un arquitecto, Víctor Laloux, estudia la restauración de la Olimpia griega. La resurrección de los Juegos Olímpicos inicia su campaña: Paschal Grousset, Paul Monceaux, W. P. Brookes. Comienzan a surgir sociedades y clubes deportivos. Y tras un curso de conferencias sobre el deporte en la antigüedad, en la Edad Media y en los tiempos modernos, que se celebrará en la Sorbona, el barón Pierre

de Coubertin lanza el 15 de enero de 1894 una especie de manifiesto en pro del restablecimiento de las Olimpiadas, y el 25 de marzo de 1896 el rey Jorge I abre los Juegos de Atenas que, desde el principio, nacen vinculados a preocupaciones intelectuales, si bien no se logra hasta la Olimpiada de Estocolmo de 1912 conectar el deporte con la creación literaria, obsesión inicial de Coubertin, consciente de lo que habían significado los antiguos juegos panhelénicos en el horizonte de la literatura griega. En esa Olimpiada de Estocolmo es premiada una *Oda al Deporte* original de Georg Ohrod y Eschbach y escrita simultáneamente en francés y en alemán, doble pseudónimo tras el que se oculta la personalidad del propio Pierre de Coubertin. La doble lengua elegida para la oda tiene una intención ideológica: patrocinar la amistad de alemanes y franceses. Es decir, la consideración del deporte, de las Olimpiadas, como supremo instrumento al servicio de la amistad de los pueblos. Pese a su estilo retórico, al abuso de tópicos, a su escasa calidad literaria, puede situarse la *Oda al Deporte* de Coubertin como el nacimiento de la literatura deportiva del siglo xx y, acaso, también nació en aquella Olimpiada el concepto del nuevo deporte siglo xx al incorporarse al mismo las mujeres, al acentuar su carácter amateur y no profesional, al reconocer cuanto de deportiva tiene la aviación y el montañismo. Pero la consagración literaria del deporte llega con los Juegos Olímpicos de París de 1924. Por vez primera, éstos son un acontecimiento social. Crean una moda de vestir, atraen a grandes figuras mundiales: Paul Claudel, Jean Giraudoux, Gabriel D'Annunzio, Maurice Ravel, Bourdel, Maillol, Arthur Honnegger, Paul Dukas, André Dunoyer de Segonzac figuran en los jurados de unos certámenes de Arte que se incorporan a las pruebas deportivas. *Los Jeux Olympiques*, de Georges Charles, y *Face au Dieu d'Olympie*, de Gonnet, son las obras literarias premiadas que triunfan sobre *Le paradis á l'ombre des épées*, de Henry de Montherlant.

El dibujante francés Jean Droit, el arquitecto húngaro Hajos, los pintores Plansony y Segond-Weher incorporan sus nombres a la galería artística que da dimensión literaria a la Olimpiada de París de 1924. Montherlant, Giraudoux, Prevost, Morand constituyen la plana mayor de lo que podríamos denominar los «clásicos» franceses de una novísima dirección literaria, a la que dedicamos más adelante atención especial.

En el horizonte literario de la literatura deportiva surge



Henri Matisse *El juego de la petanca* 1908

un extraño e insólito nombre: Rainer María Rilke. Poco antes de conocer a la princesa de Thurn y Taxis, Rilke escribe un poema, *Der Gall*, que es un himno a la pelota en pleno juego:

... y allá abajo, a los que juegan
desde lo alto y señalas otro sitio
ordenándolos como para un baile,
para luego, esperada y deseada,
rauda, sencilla, ingenua, natural,
caer en un pilón de manos altas.

Fragmento del capítulo «El deporte como tema literario»
del libro *Literatura de tema deportivo*. Madrid. Prensa Española, 1969